

PROBLEMAS DE INVESTIGACIÓN Y APORTES RECIENTES EN ANTROPOLOGÍA COGNITIVA

MARÍA ESTER GREBE

Universidad de Chile

El examen de las orientaciones, desarrollos, características, aportes y conexiones intra e interdisciplinarias de la antropología cognitiva permite comprender y evaluar su contribución a las ciencias antropológicas. Dicha contribución incluye propuestas metodológicas que intentan solucionar el gran problema epistemológico y científico de la etnografía tradicional y una ampliación de las formulaciones teóricas mediante una asimilación e integración de propuestas interdisciplinarias provenientes de ciencias afines. No obstante, el universo de estudio antropológico de los fenómenos cognitivos humanos es demasiado amplio y complejo, rebasando las fronteras de la antropología y de las ciencias sociales. La vigencia y desarrollo futuro del paradigma cognitivo en antropología dependerá de su inserción y colaboración activa en los equipos multidisciplinarios de las ciencias cognitivas.

I. INTRODUCCIÓN

La antropología cognitiva nace en la década de 1950, intentando estudiar los mecanismos, procesos y construcciones de la mente humana que permiten comprender al hombre, dar sentido cabal y profundo a los fenómenos socioculturales e identificar los principios organizativos subyacentes del comportamiento. Para ello se investigan las interrelaciones entre cognición, lenguaje y cultura. Sus estudios pretenden “descubrir cómo diferentes grupos humanos organizan y usan su cultura” (Tyler 1969:3), tomando como punto de referencia el lenguaje y habla nativos en los cuales se entreteje la experiencia ideacional y conductual, cognitiva y sociocultural.

Se postula que cada grupo humano posee su propia modalidad de percibir y organizar, relacionar e integrar los fenómenos percibidos. Por tanto, el propósito no es estudiar los fenómenos socioculturales en sí mismos, “sino el modo en que ellos se organizan en la mente de los hombres” (loc. cit.). Dos interrogantes resumen las inquietudes iniciales de los antropólogos cognitivos: ¿qué fenómenos son significativos para los actores sociales? y ¿cómo organizan ellos dichos fenómenos? Estas interrogantes dejan en claro que no serán los criterios, categorías y nociones del antropólogo los que guiarán el proceso de investigación cognitiva sino aquellos del actor social.

El surgimiento de la antropología cognitiva marca un intento de dar solución a ciertas limitaciones e insuficiencias detectadas en los principales paradigmas de la antropología temprana: evolucionismo, funcionalismo, historicismo cultural, ecología cultural, estructuralismo, etc. Todos ellos han compartido el mismo fundamento epistemológico dominante en su época, basado en el postulado positivista del isomorfismo

perceptivo, que abogaba por la identidad (o igual forma) entre la percepción sensorial y la realidad física externa correspondiente (Pribram 1980:32). En verdad, sabemos ahora que los seres humanos utilizan “lentes culturales” que filtran, construyen y reconstruyen la realidad física, modelando en definitiva una realidad construida selectivamente (ibíd.: 33).

2. CONFIABILIDAD DE LOS DATOS ETNOGRÁFICOS Y ETNOCENTRISMO DEL ANTROPÓLOGO

Los “lentes culturales” y versiones selectivas de la realidad no han estado ni están ausentes en las tareas etnográficas de observación y descripción, reforzadas sutilmente por el etnocentrismo oculto del antropólogo. Los diversos casos en que la observación y la descripción del mismo universo han sido producidas por dos o más antropólogos —ya sea en forma sucesiva o paralela— demuestran que las discrepancias y/o contradicciones entre ellos son comunes e inevitables.

Cabe citar el conocido caso de la aldea mexicana de Tepoztlán estudiado sucesivamente por los antropólogos Redfield y Lewis. La polémica se desató cuando se constató que Redfield la había descrito en 1920 como una comunidad en equilibrio armónico con el universo y que Lewis la había caracterizado, 17 años más tarde, por su tensión, conflicto y falta de cooperación (Pelto y Pelto 1978: 23-24). Redfield (1960: 135) comenta cautelosamente que las divergencias entre las dos etnografías se deben “a las diferencias entre ambos antropólogos”. En verdad, no es difícil inferir que dichas divergencias son producto del manejo de paradigmas antropológicos diferentes por uno y otro antropólogo.

Otro caso se refiere a las contradicciones entre Benedict y otros antropólogos al estudiar la personalidad y cultura de los indígenas *pueblos*. En los estudios de Benedict (1935) y de Thompson, se categorizó como “apolíneos” a los indígenas *pueblos* por ejercer control sobre la emoción, evitar la violencia y preferir la moderación. No obstante, otros antropólogos —tales como Eggan (1948) y Goldfrank (1945)— han categorizado a estos mismos indígenas como “dionisiacos”, por sus rasgos conductuales traumáticos, violentos y represivos. Por su parte, Bennett (1956: 211) procedió a examinar críticamente estas discrepancias, demostrando que diferentes grupos de etnólogos han descrito a los *pueblos* de dos modos opuestos: (1) como cultura orgánica, centrada en la “integración lógico-estética” y en el carácter no agresivo de la cooperación individual (Benedict y Thompson), y (2) como cultura represiva, que enfatiza la tensión, ansiedad y sospecha manifestadas en la vida cotidiana (Goldfrank, Eggan y Titiev). Dichas discrepancias pueden ser el resultado de las diferentes concepciones teóricas y metodológicas de los antropólogos, apoyadas en la orientación valórica occidental y reflejadas en sus reacciones frente a la sociedad y cultura *pueblo* (Barnouw 1973: 94-102, Pelto y Pelto 1978: 24-26).

Estos dos casos recién comentados son ejemplares de los numerosísimos desacuerdos entre los antropólogos respecto a sus respectivas representaciones y comprensiones de un mismo fenómeno sociocultural en estudio. Dichos desacuerdos parecen residir en dos causas fundamentales: (1) los diferentes paradigmas antropológicos que orientan su descripción, análisis e interpretación de los datos empíricos y (2) la percepción selectiva y “lentes culturales” del antropólogo que afectan tanto a la forma como al contenido de su etnografía y de los significados atribuidos a la realidad en estudio.

Sin duda alguna, el deseo de evitar tal distorsión etnocéntrica en la descripción de otras sociedades fue el factor decisivo que motivó el desarrollo de la antropología cognitiva. Ésta ha intentado solucionar el gran problema epistemológico y científico de la etnografía tradicional. Gran parte del trabajo temprano de las décadas de 1950 y 1960 fue dedicado a la búsqueda de nuevos métodos y técnicas que disminuyeran la intervención y el sesgo etnocéntrico del antropólogo, dándose gran importancia a los puntos de vista del nativo. Nace así la neoetnografía centrada en el enfoque *émico* (Pike 1954), que se propone describir las concepciones, conducta y experiencia desde la perspectiva de los miembros de la sociedad en estudio. Se incentivarán la conveniencia de que el propio actor social reconstruya, explique y dé sentido a su mundo de experiencia; que dé a conocer su realidad tal como él la percibe y concibe, la categoriza y simboliza.

3. PERSPECTIVA HISTÓRICA

Sin embargo, la neoetnografía no fue una “etnografía nueva” en la historia de la antropología. Desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, tanto Boas como Malinowski contribuyeron con ideas precursoras. Boas se preocupó de los problemas epistemológicos de la antropología, anticipando el enfoque *émico*. Intentó comprender los fenómenos tal como ellos eran percibidos por el observador nativo, estudiando la vida aborigen vista desde dentro por los propios actores e ilustrada por los documentos primarios producidos por éstos. Intentó estudiar el arte indígena en base a los principios que guiaban el ojo y la mano del artista nativo. Planteó que para comprender una lengua nativa el lingüista debería aprender a “pensar” de acuerdo a las diferenciaciones fonéticas de dicha lengua más que de la propia (Boas 1889:47-53, Hatch 1973: 50-51). Y, por último, abogó por una comprensión de la vida mental de un grupo humano en sus propios términos, criticando el etnocentrismo de los antropólogos evolucionistas.

Por su parte, Malinowski también anticipa el enfoque *émico*, aseverando que el propósito final que un etnólogo no debiera descuidar es “captar el punto de vista del nativo, su relación con la vida, para construir *su* visión de *su* mundo” ([1922] 1961: 25). Este antropólogo centró su metodología en el trabajo de terreno prolongado y en la observación participante, ambos indispensables para la comprensión etnográfica y neoetnográfica.

En su vasto trabajo, que culmina con la formulación del método comparativo transcultural, Murdock (1949, 1982, 1983) debió fichar y comparar datos bibliográficos extraídos de las etnografías de los mejores alumnos de Boas, Malinowski y Radcliffe-Brown. No obstante, Murdock detectó en dichas etnografías una carencia de precisión y rigor en la observación y descripción que impedía la realización responsable de las comparaciones transculturales programadas. Este hecho provocó el resurgimiento del interés por la descripción y análisis etnográficos. Y fueron los discípulos de Murdock quienes —hacia 1950 en la Universidad de Yale— formularon las bases de una “nueva etnografía cognitiva”.

Desde su nacimiento hasta el presente, la antropología cognitiva se ha propuesto contribuir a dar solución al problema de la validez etnográfica, para lograr así un decisivo avance tanto de las estrategias metodológicas como de la precisión teórica requeridas por la neoetnografía, sus reformulaciones y el análisis transcultural.

4. EL NUEVO CONCEPTO DE CULTURA

Los paradigmas antropológicos anteriores a la antropología cognitiva compartieron una concepción holística abstracta de cultura como totalidad, que integraba los ámbitos ideacional y conductual de la experiencia humana. No obstante, tanto por su excesiva amplitud y complejidad como por su relativa imprecisión, dicha concepción tradicional de cultura no se adecuaba a las necesidades de precisión y rigor crecientes de los nuevos enfoques analíticos. En efecto, dicha concepción confundía dos niveles conceptuales: (1) el ámbito de las ideas o patrones *para* el comportamiento y (2) el ámbito de los eventos observables o patrones *de* comportamiento (Goodenough 1957 y 1961).

La lingüística había aportado su inobjetable y precisa distinción entre el lenguaje como código conceptual y el habla como comportamiento explícito basado en dicho código. Asimilando este planteamiento, los antropólogos cognitivos se propusieron efectuar un deslinde conceptual nítido entre los dominios ideacional y conductual, proyectados en las diferencias entre lo cultural y lo social, que habían sido refundidas en las definiciones holísticas de cultura. Como resultado de este deslinde, lo cultural se vinculó a las ideas, representaciones, conceptos, productos, resultados, abstracciones y generalizaciones; en suma, con patrones *para* el comportamiento. Y lo social se vinculó a las acciones e interacciones, operaciones, procesos, praxis, eventos y actividades particulares; en suma, con patrones *de* comportamiento.

En consecuencia, el replanteamiento del concepto cognitivo de cultura restringe su dominio al ámbito ideacional, manifestado en conocimientos y creencias, símbolos y significados. Las siguientes tres definiciones resumen su orientación y aporte: (1) "Lo que cada cual debe saber o creer para proceder de una manera aceptable para los miembros [de una sociedad]". (Goodenough 1957: 167). (2) "Sistema organizado de conocimientos y creencias mediante el cual los individuos estructuran su experiencia y percepciones, formulan actos y seleccionan entre alternativas". (Keesing 1976: 138). Y (3) "Patrones de significados incorporados en símbolos y transmitidos históricamente, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en forma simbólica mediante las cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y actitudes hacia la vida". (Geertz 1973: 89).

5. APORTES DE LA LINGÜÍSTICA

Además de sus contribuciones sustanciales al replanteamiento cognitivo del concepto de cultura, la lingüística ha influido decisivamente tanto en la teoría como en los recursos metodológicos utilizados al interior de la antropología cognitiva, en sus áreas más específicas de la etnociencia, etnosemántica y neoetnografía. Las influencias recibidas derivan, principalmente, de la lingüística descriptiva y estructural, destacándose la importancia de las proposiciones de Jakobson (1953, 1960), al adoptarse su enfoque fonológico, y la contribución fundamental de Pike (1954), al incorporarse consensualmente su dicotomía émico-ético. A ello se suma la influencia gravitante de las hipótesis de Sapir y Whorf.

El lingüista Pike (1954: 8), efectuó su decisivo aporte teórico al derivar analógicamente sus categorías *émico* (de fonémico) y *ético* (de fonético) para designar el estudio de una realidad fenoménica según dos enfoques o perspectivas diferentes. Así, el enfoque émico es guiado por los puntos de vista del actor social, rescatándose "desde dentro" sus

percepciones, concepciones, categorizaciones, ordenaciones e interpretaciones de su realidad; y el enfoque ético es guiado por los criterios del antropólogo, observador o analista, quien opera “desde fuera” guiándose por sus propias categorías, selectividad y paradigmas teóricos no exentos de filtros etnocéntricos. Aunque estos enfoques responden a dos orientaciones epistemológicas diferentes, ellos no son incompatibles. En casos calificados, sería posible utilizarlos en distintas etapas sucesivas del proceso de investigación, pero su uso simultáneo presenta serios problemas epistemológicos que afectan tanto a la etnografía en sí como al análisis e interpretación de la realidad en estudio.

A partir de 1940, se demostró un interés creciente por estudiar las relaciones entre cultura, pensamiento y lenguaje. A comienzos de siglo, von Humboldt había propuesto que el diseño único de cada lengua codifica una visión de mundo. Sapir (1949) elabora esta idea, planteando que “los mundos en que viven sociedades diferentes son mundos distintos, y no meramente el mismo mundo marcado con distintas etiquetas”. De este modo, Sapir propuso que cada patrón de lengua posee una importancia central en la estructuración de su respectivo universo cultural. Whorf (1956) coincide con Sapir al proponer que cada lengua contiene no sólo modos de hablar sobre el mundo sino también un modelo de dicho mundo. Los postulados de Whorf presuponen un determinismo lingüístico: el lenguaje da forma al pensamiento y éste influye sobre los patrones de reconocimiento de la realidad. Éstos se expresan mediante los lexemas o etiquetas que se utilizan para identificar y reconocer las entidades que pueblan el mundo fenoménico. Whorf resume elocuentemente parte de sus ideas en el siguiente párrafo:

El mundo se presenta en un flujo de impresiones caleidoscópicas que debe ser organizado por nuestras mentes; y esto significa en gran medida [la influencia] del sistema lingüístico en nuestras mentes. Nosotros recortamos lo natural, lo organizamos en conceptos y le adscribimos significados por formar parte de un consenso... que se mantiene en nuestra comunidad lingüística y que es codificado en los patrones de nuestro lenguaje. (Whorf 1956: 214-215, nuestra traducción).

Influidos por estas proposiciones, los antropólogos cognitivos han intentado penetrar en el universo conceptual de los actores sociales mediante la identificación y análisis de sus categorías lingüísticas. Éstas designan ideas, objetos, eventos y actividades que distinguen los actores en su mundo de experiencia. Se rescata el significado émico de dichas categorías para comprender su relevancia sociocultural y el sentido de la visión de mundo de dichos actores. Se estudian las ordenaciones y taxonomías de estas categorías émicas generadas a partir de los criterios de los actores. Estos criterios han sido inferidos con frecuencia de la aplicación del análisis componencial. (Goode-nough 1967: 1203-09).

Todo ello debe ser comprendido a partir de su inserción en un contexto sociocultural específico, que ilumina el reconocimiento e interpretación del ámbito semántico que rodea a los actores.

Los materiales émicos proporcionan una base empírica cuya solidez y confiabilidad dependerá de su calidad, cantidad y representatividad respecto al universo de estudio. Una vez agotadas las fuentes de información y su flujo comunicativo, el antropólogo puede y debe elaborar su propio análisis e interpretación, generándose así su propio

modelo explicativo de la realidad en estudio iluminado por los paradigmas teóricos que se manejen. En todo caso, el antropólogo deberá delimitar y explicitar, muy precisamente, su propio aporte analítico-explicativo de aquellos aportes empíricos producidos por los actores sociales. Al dejar constancia de dicha delimitación, el antropólogo resguarda la consistencia y confiabilidad de la base epistemológica.

En estas estrategias metodológicas, se ha entendido la cultura como un sistema cognitivo y el conocimiento, como una gramática cultural (Frake 1962). Las vinculaciones entre lenguaje y cultura son estrechas y analógicas: el lenguaje es al habla como la cultura es al comportamiento. Los antropólogos cognitivos plantean la necesidad de estudiar los códigos culturales tal como ellos se reflejan en las variaciones del habla.

6. CONVERGENCIA DE LAS ANTROPOLOGÍAS COGNITIVA Y SIMBÓLICA

En la actualidad, los estudios antropológico-cognitivos basados en las etnotaxonomías y el análisis componencial están perdiendo vigencia. Con la participación de nuevos antropólogos con formación interdisciplinaria e intereses teóricos y metodológicos de mayor amplitud, se produce una expansión de metas y perspectivas. Casson (1981) destaca el surgimiento de intereses recientes en problemas que se refieren a la relatividad y universalidad de los sistemas taxonómicos, a la extensión y transferencia de los significados de las categorías cognitivas, a la variabilidad sincrónica y cambio diacrónico en los sistemas clasificatorios y al estudio de la cognición en relación al contexto y al comportamiento. En la actualidad, se dan nuevas respuestas a los problemas iniciales de la investigación antropológica-cognitiva (Colby, Fernández y Kronenfeld 1981: 436-438):

(1) Un abandono de la noción etnocientífica inicial que partía de la descripción etnográfica como un fin en sí mismo. Y una reorientación de la neoetnografía (Spradley 1979), al servicio de interrogantes que emanan de un corpus o del marco teórico del antropólogo. Esto conduce a la formulación de ideas y proposiciones ligadas a la antropología simbólica.

(2) "Una búsqueda de generalizaciones teóricas respecto a la forma y operación de especies particulares de estructuras semánticas o cognitivas. Dichas teorías se basan, generalmente, en comparaciones transculturales amplias centradas en estructuras cognitivas de origen etnocientífico pertenecientes a un dominio particular" de experiencia sociocultural (Colby, Fernández y Kronenfeld, *ibíd.*: 436). Una de dichas estructuras cognitivas es la metáfora, que requiere de un estudio tanto simbólico como cognitivo para comprender sus relaciones semánticas en un contexto sociocultural. Se identifica aquí otro esfuerzo en pro de la convergencia de intereses cognitivos y simbólicos.

(3) Un modelo metodológico propuesto por Frake (1964) para obtener, organizar y relacionar la información émica proporcionada por el actor, con objetivos descriptivos de nivel superior. Utiliza una variedad de recursos para caracterizar los contenidos de la realidad en estudio, sus propósitos y operaciones y supera las relaciones semánticas simples de la antropología cognitiva temprana, alcanzando un nivel más complejo de generalizaciones e intentando capturar la esencia del fenómeno estudiado.

(4) Una reciente incursión en la base cognitiva de la teoría de la decisión y de la planificación de la acción demuestra la importancia de la toma de decisiones, de los procesos cognitivos y asociaciones simbólicas para una antropología de los significados.

Aun cuando la convergencia de las antropologías cognitiva y simbólica no se ha consolidado por carecer de una teoría y metodología integradas, hay diversos intereses comunes y aportes que las vinculan. La contribución principal de la antropología simbólica reside en su estudio de los significados profundos de los fenómenos socioculturales. A su vez, la antropología cognitiva aporta la consistencia de su metodología y la solidez de sus procesos de verificación y de rescate de las estructuras lógicas del pensamiento y acción humanos. Sus contribuciones son complementarias y se desprenden de estudios cualitativos sistemáticos de microuniversos. Ambas comparten una búsqueda de mayor consistencia y amplitud teórica como también de mayor confiabilidad y rigor metodológico.

La reciprocidad entre las antropologías cognitiva y simbólica se apoya en su preocupación mutua por el rol de la cultura en las ordenaciones de mundo producidas y compartidas por los actores sociales. Ohnuki-Tierney (1981: 451-463) propone una secuencia de tres fases en retroalimentación —percepción, concepción y simbolización—, que se integran en la mente humana. Mientras las fases cognitivas de percepción y concepción establecen los códigos de memoria, la fase de simbolización formula los códigos analógicos. En consecuencia, se postula que las tres fases son complementarias.

Según Colby, Fernández y Kronenfeld (1981: 440), “el punto de convergencia central de ambas disciplinas parece ser la microantropología, que presenta una convergencia de alto nivel para el análisis de contenidos significativos mediante métodos válidos, reveladores de las estructuras lógicas”. Dicha microantropología se centra en pequeños universos de estudio y se caracteriza por su énfasis en los procesos socioculturales, sus significados, su transmisión y transformación, confluyendo en ella las orientaciones e intereses cognitivos y simbólicos.

7. ANTROPOLOGÍA COGNITIVA Y ANÁLISIS DEL TEXTO

Las antropologías cognitiva y simbólica comparten con el análisis del texto un interés común por el estudio de procesos socioculturales contextualizados, produciéndose una apertura de estas disciplinas hacia las ciencias cognitivas en general y hacia la lingüística, psicología cognitiva e inteligencia artificial en particular (Beaugrande y Colby 1979). En la actualidad, se tiende a superar gradualmente aquel tipo de análisis selectivo e imaginativo basado de preferencia en construcciones mentales del analista.

Influido obviamente por las propuestas de Jakobson (1953, 1960) y de Hymes ([1964] 1972: 21-44), Halliday (1967-1968, 1973 y 1977) —comentado por Colby, Fernández y Kronenfeld (1981: 442)— elabora una metodología para el análisis del texto que contempla tres componentes semánticos: ideacional, interpersonal y textual. El primer componente se refiere al “lenguaje como idea, expresión de experiencias, relaciones y procesos que ocurren en el mundo”, implicando procesos, participantes, circunstancias y situaciones. El segundo componente alude a los “hablantes y receptores, las imágenes que unos tienen de los otros, sus actitudes, evaluaciones, roles, etc.”. El tercer componente se refiere al texto mismo en tanto evento comunicativo y tiene que ver con aspectos de énfasis y foco, a la vez que con el análisis antropológico, cognitivo y simbólico de textos etnográficos (loc. cit.).

Cabe citar una contribución antropológica al análisis del texto propuesta por la autora del presente artículo (Kuramochi, Huisca, Nass, Sepúlveda y Grebe 1987). Su

aporte conceptual, que se inscribe en desarrollos teórico-metodológicos recientes, es una “etnografía del texto” para la complementación etnográfica del análisis de textos mitológicos mapuches. Sus ideas principales señalan: (1) la necesidad de complementar el análisis del texto mítico con “la documentación primaria proporcionada por el propio narrador y/o sus receptores calificados”; (2) la conveniencia de convertir al narrador en analista e intérprete de sus propios textos y en comentarista de los textos de otros narradores; y (3) la importancia de estudiar la reactualización ritual del relato mítico para dar mayor rigor y profundidad al análisis de su texto correspondiente (Grebe 1987: ms.).

8. ANTROPOLOGÍA COGNITIVA Y CIENCIAS COGNITIVAS

La antropología cognitiva comparte algunas orientaciones y problemas comunes con diversas disciplinas afines con las cuales se vincula, relacionándose ya sea por ser receptora de aportes teóricos y/o metodológicos significativos o por compartir un área común de intereses. Además de su estrecha relación con la lingüística, la antropología cognitiva posee afinidades con la sociología del conocimiento, la psicología cognitiva, la neurofisiología de la cognición y es receptora de los cambios profundos experimentados en las ciencias a partir de los hallazgos de la física moderna y de la neurociencia que provocan —en las tres últimas décadas— una amplia revisión y reorientación epistemológica (Pribram 1980: 19).

Las vinculaciones interdisciplinarias de la antropología cognitiva se enriquecen y formalizan a partir de su integración a las ciencias cognitivas, cuyo nacimiento se produce —según Gardner (1985: 28)— en 1956. Las ciencias que participan efectivamente en diversos proyectos conjuntos son la neurociencia, inteligencia artificial, lingüística, psicología cognitiva, antropología cognitiva y filosofía (ibíd.: 37). Comparten un interés común por dar respuesta a interrogantes epistemológicas aún pendientes que se refieren a la naturaleza y mecanismos del conocimiento humano. Según Gardner (ibíd.: 38-45), las ciencias cognitivas se caracterizan por estudiar las actividades cognitivas asociándolas a las representaciones mentales y replicándolas en computadoras; elaborando metodologías que no privilegian los factores afectivos, contextuales e histórico-culturales; enfatizando el trabajo multidisciplinario y la importancia central de los problemas filosóficos clásicos.

Los aportes de la antropología cognitiva a las ciencias cognitivas se han producido, principalmente, en relación a la vinculación de la psicología cognitiva con la inteligencia artificial. Los antropólogos Frake y Conklin estudiaron los aportes de Miller, Galanter y Pribram (1960). Como resultado de los trabajos experimentales en memoria, se pudo apreciar la estrecha relación entre la conceptualización psicológica de “memoria” y la concepción antropológica de “cultura”. Si bien es cierto que la memoria de corto y largo alcance representaba efectivamente a las capacidades de procesamiento cognitivo, lo recordado poseía un trasfondo artificial: era un artefacto producido por la experimentación. Los seres humanos no sólo recuerdan los hechos específicos sino también abstraen a partir de éstos “para derivar reglas, modelos de significado, expectativas, estrategias y rutinas”. Estas abstracciones de la experiencia consisten en fenómenos culturales que forman parte de los sistemas cognitivos (Keesing 1987: 381).

Los primeros ensayos de inteligencia artificial y psicología cognitiva para crear modelos de memoria, basados en un concepto de memoria como constructo psicológi-

co, cedieron lugar posteriormente a una programación "cultural" de computadoras (robots o autómatas, e.g. Schank y Abelson 1977). Se requería la elaboración de programas que permitiesen a estos robots reconocer y manipular algunos objetos en ambientes artificiales simples. El antropólogo cognitivo Frake (1975, 1981) ofrece un método aplicable a las necesidades de la experimentación en inteligencia artificial, basado en las sistematizaciones de la neoetnografía, para caracterizar formalmente el conocimiento cultural de los actores nativos (Quinn y Hollan 1987: 19, Keesing 1987: 369). Esta y otras iniciativas demuestran la convergencia entre las investigaciones en inteligencia artificial y antropología cognitiva.

En suma, el examen en perspectiva de las orientaciones, desarrollos, características, aportes y conexiones intra e interdisciplinarios de la antropología cognitiva permite comprender y evaluar su contribución a las ciencias antropológicas. Dicha contribución incluye, principalmente, propuestas metodológicas que intentan solucionar el gran problema epistemológico y científico de la etnografía tradicional. Se aporta la consistencia de su metodología y la solidez de sus procesos de verificación y de rescate de los componentes cognitivos del pensamiento y acción humanos, alcanzándose mayor confiabilidad y rigor científico. Por otra parte, se promueve una ampliación de las formulaciones teóricas mediante una asimilación e integración de propuestas interdisciplinarias provenientes de ciencias afines.

No obstante, la vigencia y desarrollo futuro del paradigma cognitivo en antropología dependerá de su inserción y colaboración activa en los equipos multidisciplinarios de las ciencias cognitivas. Se trata de sumar esfuerzos para obtener contribuciones apoyadas en varias ópticas complementarias, para así superar las limitaciones que existen al interior de cada frontera del discurso científico. En verdad, el estudio de los procesos cognitivos y de la organización del conocimiento humano son demasiado complejos para que una disciplina singular o un investigador solitario puedan enfrentar la diversidad de problemas, caminos a seguir y búsqueda de respuestas a las numerosas interrogantes que aún quedan pendientes. Mediante el pensamiento reflexivo, la crítica ponderada y fecunda y el diálogo académico multidisciplinario, suele abrirse la posibilidad de trascender los límites del saber científico. En consecuencia, se ve la conveniencia de buscar, en la colaboración y comunidad de intereses de las ciencias cognitivas, la posibilidad de superar dichos límites y de traspasar los dominios y barreras establecidos por los paradigmas de nuestras respectivas disciplinas.

REFERENCIAS

- BARNOUW, V. 1973. *Culture and personality*. Homewood, Ill.: The Dorsey Press.
- BEAUGRANDE, R. y B.N. Colby. 1979. Narrative models of action and interaction. *Cognitive Science* 3: 43-66.
- BENEDICT, R. 1935. *Patterns of culture*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- BENNETT, J. 1956. The interpretation of pueblo culture: A question of values. En D.G. Haring (ed.), *Personal character and cultural milieu*. Syracuse: Syracuse University Press.
- BOAS, F. 1889. On alternating sounds. *American Anthropologist* 2: 47-53.
- CASSON, R. W. 1981. *Language, culture, and cognition: Anthropological perspectives*. Nueva York: Macmillan.

- COLBY, B. N., J.W. FERNÁNDEZ y D.B. KRONENFELD. 1981. Toward a convergence of cognitive and symbolic anthropology. *American Ethnologist* 8, 3: 422-450.
- EGGAN, D. 1948. The general problem of Hopi adjustment. En C. Kluckhohn y H.A. Murray (eds.), *Personality in nature, society, and culture*. Nueva York: Knopf.
- FRAKE, C.O. [1962] 1969. The ethnographic study of cognitive systems. En S.A. Tyler (ed.), *Cognitive anthropology*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- FRAKE, C.O. [1964] 1969. Notes on queries in ethnography. En S.A. Tyler (ed.), *Cognitive anthropology*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- FRAKE, C.O. 1975. How to enter a Yakan house. En M. Sanches y B. Blunt (eds.), *Sociocultural dimensions of language use*. Nueva York: Academic Press.
- FRAKE, C. O. [1977] 1981. Plying frames can be dangerous: Some reflections on methodology in cognitive anthropology. En R. Casson (ed.), *Language, culture, and cognition: Anthropological perspectives*. Nueva York: Macmillan.
- GARDNER, H. 1985. *The mind's new science: A history of the cognitive revolution*. Nueva York: Basic Books.
- GEERTZ, C. 1973. *The interpretation of cultures*. Nueva York: Basic Books.
- GOLDFRANK, E. 1945. Socialization, personality and the structure of *pueblo* society. *American Anthropologist*, 47: 516-539.
- GOODENOUGH, W. H. 1957. Cultural anthropology and linguistics. En P. Garvin (ed.), *Report of the seventh annual round table meeting on linguistics and language study*. Washington D.C.: Georgetown University.
- GOODENOUGH, W.H. 1961. Comment on cultural evolution. *Daedalus* 90: 521-528.
- GOODENOUGH, W.H. 1967. Componential analysis. *Science* 156. 3779: 1203-1209.
- GREBE, M.E. 1987. *Algunas ideas para el proyecto titulado Relato oral, ritual y estructuras mentales mapuches*. Temuco, documento de trabajo (ms).
- HALLIDAY, M.A.K. 1967-1968. Notes on transitivity and theme in English (1-3). *Journal of Linguistics* 3, 1: 37-81; 3, 2: 199-244; 4, 2: 179-215.
- HALLIDAY, M.A.K. 1973. *Explorations in the functions of language*. Londres: Edward Arnold.
- HALLIDAY, M.A.K. 1977. Grammars and descriptions. En T.A. van Dijk y J.S. Petöfi (eds.), *Studies in text theory and text analysis*. Berlín: Walter de Gruyter.
- HATCH, E. 1973. *Theories of man and culture*. Nueva York: Columbia University Press.
- HYMES, D. [1964] 1972. Toward ethnographies of communication: The analysis of communicative events. En P.P. Giglioli (ed.), *Language and social context*. Harmondsworth: Penguin Books.
- JAKOBSON, R. 1953. *Results of the conference of anthropologists and linguists*, Cap. 2 (cols. C. Lévi-Strauss, R. Jakobson, C.F. Voegelin y T.A. Sebeok). Bloomington: Indiana University Publications in Anthropology and Linguistics.
- JAKOBSON, R. 1960. Linguistics and poetics. En T.A. Sebeok (ed.), *Style in language*. Cambridge: M.I.T. Press.
- KEESING, R. M. 1976. *Cultural anthropology: A contemporary perspective*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- KEESING, R.M. 1987. Models, 'folk' and 'cultural': Paradigms regained? En D. Holland y N. Quinn (eds.), *Cultural models in language and thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KURAMOCHI, Y., R. HUISCA, J.L. NASS, G. SEPÚLVEDA y M.E. GREBE. 1987. *Relato, rito, estructura del pensamiento mapuche*. Temuco, Proyecto CONICYT 651/87. (Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Americanistas, Amsterdam, 1988).
- MALINOWSKI, B. [1922] 1961. *Argonauts of the western Pacific*. Nueva York: Dutton.
- MILLER, G.A., E. GALANTER y K. PRIBRAM. 1960. *Plans and the structure of behavior*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- MURDOCK, G.P. 1949. *Social structure*. Nueva York: Macmillan.
- MURDOCK, G. P. et al. 1982. *Outline of cultural materials*. New Haven: Human Relations Area Files (HRAF).
- MURDOCK, G. P. [1954] 1983. *Outline of world cultures*. New Haven: Human Relations Area Files (HRAF).

- OHNUKI-TIERNEY, E. 1981. Phases in human perception / conception / symbolization processes: Cognitive anthropology and symbolic classification. *American Ethnologist* 8, 3: 451-467.
- PELTO, P.J. y G.H. PELTO. 1978. *Anthropological research: The structure of inquiry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PIKE, K.L. 1954. *Language in relation to a unified theory of the structure of human behavior (I)*. Glendale: Summer Institute of Linguistics.
- PRIBRAM, K. 1980. The role of analogy in transcending limits in the brain sciences. *Daedalus* (Spring ed.): 19-38.
- QUINN, N. y D. HOLLAND. 1987. Culture and cognition. En D. Holland y N. Quinn (eds.), *Cultural models in culture and thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- REDFIELD, R. [1960] 1967. *The little community*. Chicago: The University of Chicago Press.
- SAPIR, E. 1949. *Selected writings of Edward Sapir in language, culture, and personality* (D.G. Mandelbaum, ed.). Berkeley: University of California Press.
- SCHANK, R. y R. ABELSON. 1977. *Scripts, plans, goals and understanding: An inquiry into human knowledge structures*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- SPRADLEY, J.P. 1979. *The ethnographic interview*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- TYLER, S.A. (ed.). 1969. *Cognitive anthropology*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- WHORF, B.L. 1956. *Language, thought and reality: Selected writings of B.L. Whorf*. (J.B. Carroll, ed.). Cambridge, MA: M.I.T. Press.